

entendamos lo que está ocurriendo, cómo acceder a este proceso y cómo maximizar su aparición en nuestra vida, la sociedad humana dará un salto cuántico a una forma de vida totalmente nueva —que concrete lo mejor de nuestra tradición— y creará una cultura que ha sido el objetivo de toda la historia hasta el momento.

EL SIGUIENTE RELATO SE PRESENTA BAJO ESTA NUEVA PERSPECTIVA. SI LO CONMUEVE, SI CRISTALIZA ALGO QUE USTED PERCIBE EN LA VIDA, **TRANSMÍTASELO A OTRO...** PUES ESTOY CONVENCIDO DE QUE NUESTRA NUEVA CONCIENCIA DE LO ESPIRITUAL SE EXPANDE PRECISAMENTE DE ESA FORMA, NO YA A TRAVÉS DE LA PUBLICIDAD O POR MODA, SINO EN FORMA PERSONAL, A TRAVÉS DE UNA SUERTE DE CONTAGIO PSICOLÓGICO POSITIVO ENTRE LAS PERSONAS.

Lo único que debemos hacer es interrumpir nuestras dudas y distracciones el tiempo suficiente... y, como por milagro, esa realidad puede ser la nuestra.

UNA MASA CRÍTICA

Llegué hasta el restaurante y estacioné; luego me recliné en el asiento para pensar un momento. Sabía que Charlene ya estaría adentro, esperando para hablar conmigo. Pero, ¿por qué? Hacía seis años que no tenía noticias de ella. ¿Por qué volvía a aparecer ahora, justo cuando yo me había recluso en el bosque por una semana?

Bajé de la camioneta y caminé hasta el restaurante. A mi espalda, el último resplandor de una puesta de sol se hundía al oeste y derramaba rayos de ámbar dorado sobre el estacionamiento húmedo. Una hora antes, un breve chaparrón había mojado todo y ahora la noche de verano era fresca y renovada y, por el efecto de la luz evanescente, parecía casi surrealista. Una media luna colgaba en el cielo.

Mientras caminaba, viejas imágenes de Charlene se agolpaban en mi mente. ¿Seguiría siendo bella, intensa? ¿Cómo la habría cambiado el tiempo? ¿Y qué debía yo pensar de ese manuscrito que me había mencionado, ese antiguo objeto encontrado en Sudamérica sobre el cual estaba ansiosa por hablarme?

—Tengo una espera de dos horas en el aeropuerto —había dicho por teléfono—. ¿Podemos cenar juntos? Te encantará lo que dice este manuscrito, es justo tu tipo de misterio.

¿Mi tipo de misterio? ¿Qué había querido decir con eso?

Adentro, el restaurante se hallaba lleno. Había varias parejas esperando mesa. Cuando encontré a la mesera, me dijo que Charlene ya estaba ubicada y me condujo al entresuelo, sobre el comedor principal.

Subí la escalera y vi a un grupo de personas alrededor de una de las mesas. El grupo incluía a dos policías. De repente, los policías se dieron vuelta y bajaron corriendo la escalera. Como el resto del grupo se dispersó, pude entrever a la persona que parecía haber sido el centro de atención: una mujer, todavía sentada a la mesa... ¡Charlene!

Caminé rápidamente hasta ella.

—Charlene, ¿qué ocurre? ¿Pasa algo malo? Echó la cabeza hacia atrás en señal de exasperación y se puso de pie con su inconfundible sonrisa. Noté que tenía el pelo, quizás, un poco diferente, pero la cara era exactamente como la recordaba: rasgos delicados, boca ancha, grandes ojos azules.

—No vas a creerlo —dijo, dándome un cariñoso abrazo—. Fui al baño hace unos instantes y, mientras no estaba, alguien me robó el portafolios.

—¿Qué llevabas?

—Nada importante, sólo algunos libros y revistas para el viaje. Es increíble. Las personas sentadas a las otras mesas me dijeron que alguien pasó, lo tomó y se fue. Les dieron una descripción a los policías, y éstos dijeron que registrarían la zona.

—¿Tal vez yo podría ayudarlos a buscar?

—No, no. Olvidémoslo. No tengo mucho tiempo y quiero hablar contigo.

Asentí y Charlene propuso que nos sentáramos. Se acercó un mozo, miramos el menú y pedimos. Después pasamos unos diez o quince minutos hablando de generalidades. Traté de minimizar mi aislamiento autoimpuesto, pero Charlene captó mi vaguedad. Se inclinó hacia adelante y me dedicó otra sonrisa.

—Entonces, ¿qué te está pasando realmente? —preguntó.

La miré a los ojos, sentí la intensidad con que me miraba.

—Quieres que te cuente toda la historia ya mismo, ¿no?

—Como siempre —respondió.

—Bueno, la verdad es que decidí tomarme un tiempo para mí y quedarme en el lago. Estuve trabajando mucho y desearía cambiar el rumbo de mi vida.

—Recuerdo que me habías hablado del lago. Creí que tu hermana y tú tenían que vender la casa.

—Todavía no, pero el problema son los impuestos. El terreno está tan cerca de la ciudad, que aumentan constantemente.

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza y preguntó:

—¿Y qué piensan hacer ahora?

—Todavía no lo sé. Algo distinto. Me miró de una manera misteriosa.

—Parecería que estás tan inquieto como todo el mundo.

—Supongo que sí —respondí—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Está en el Manuscrito.

Le devolví la mirada en silencio.

—Háblame de ese Manuscrito —dije. Se echó hacia atrás en la silla como para ordenar sus ideas y luego volvió a mirarme a los ojos.

—Creo que por teléfono te conté que dejé el diario hace varios años y empecé a trabajar en una empresa de investigación que estudia los cambios culturales y demográficos para las Naciones Unidas. Mi último destino fue en Perú. Mientras me hallaba allí, haciendo unos estudios en la Universidad de Lima, oía muchos rumores sobre un viejo manuscrito que habían descubierto. Pero nadie era capaz de darme detalles al respecto, ni siquiera en los departamentos de arqueología o antropología. Y cuando me puse en contacto con el gobierno, negaron tener conocimiento alguno sobre el tema. Una persona me dijo que en realidad el gobierno trataba de eliminar el documento por algún motivo. De todos modos, no era una información directa. Tú me conoces —continuó—. Soy curiosa. Cuando terminé mi trabajo, decidí quedarme unos días más para ver qué conseguía averiguar. Al principio, cada pista que seguía resultaba otro callejón sin salida, pero una vez que estaba almorzando en un bar en las afueras de Lima, noté que un sacerdote me miraba. Después de un momento, se acercó y admitió que, ese mismo día, me había oído hacer preguntas sobre el Manuscrito. No me reveló su nombre, pero aceptó responder a todas mis preguntas.

Vaciló un instante sin dejar de mirarme intensamente.

—Dijo que EL MANUSCRITO SE REMONTABA APROXIMADAMENTE AL AÑO 600 ANTES DE CRISTO. PREDICE UNA TRANSFORMACIÓN TOTAL DE LA SOCIEDAD HUMANA.

—¿A partir de cuándo? —pregunté.

—Las últimas décadas del siglo XX.

—¿¡Ahora!?

—Sí, ahora.

—¿Qué clase de transformación se supone que es? —pregunté.

Me miró por un instante, confundida, y luego dijo, con fuerza: